

Enrique González Rojo

LIBRO CUARTO

LA CURICIFIXIÓN DE LA HISTORIA

CONFERENCIAS DE LA SEÑORA POSTERIDAD

INTRODUCCIÓN

Hay la idea, no sé cuán justa, de que la posteridad - futuro enamorado de algo o alguien que vivió en el pretérito- calla ante la mediocridad, el individuo anónimo, la fosa común. Ser "alguien" para ella es una suerte de supervivencia del más apto en las menesteres del resistirse a dejar de ser o de dejarse caer en el precipicio del olvido. Los actos reminiscentes de la posteridad rescatan los nombres y las obras del festín de gusanos a los que se les está encomendada la faena de borrar las huellas de lo acontecido. Se dice que la posteridad pone las cosas en su sitio y desordena o coloca en otro orden las pretensiones de la fama, las jerarquías de la sociedad o los prejuicios del presente; que ella mantiene, entonces, amores abiertos con la justicia, pues endereza lo torcido, exalta lo adecuado, achica lo intrascendente y anula de un plumazo lo que no merece sobrevivir un solo segundo a su justo deceso. La posteridad es el futuro, pero el futuro entrampado en la nostalgia de lo ido. Es una galería de retratos, un inventario de ideas, una biblioteca de designios, un bodegón de experiencias. Fe de erratas del tiempo, se niega a que Schubert muera, a que los grandes errores caigan de bruces en el olvido como los insignificantes, a que los humanos, disminuidos, vivan huérfanos de genealogía, a que el ventarrón del tiempo se lleve la nariz de Cleopatra, el dedo inhabilitado de Schumann o los

estigmas de San Francisco de Asís. Los actos de la posteridad -retocar imágenes, corregir pruebas, emitir juicios y dictámenes presentados como definitivos, reevaluar los hechos y -dice- disipar la niebla- surgen por obra y gracia de algunos de los sobrevivientes de lo acaecido empalados en decir cómo fue lo que fue.

El "juicio de la posteridad" es, así, un plexo de opiniones, justas o no, realistas o desorbitadas, tranquilizadores o inquietantes, que brotan -una vez desaparecido alguien o acontecido algo- del arbitrio de los "gestores de la posteridad", esto es, de las personalidades fuertes o poderosas que, por la razón que sea, desean que se recuerde de **algún modo** -o que no se nos vaya a olvidar olvidado- aquello que digna o indignamente ha dejado de ser. Imposible es dejar de tener en cuenta que no existe unanimidad en los pareceres, opiniones o aseveraciones de los gestores de la posteridad. Todo hombre ilustre, por ejemplo, tiene amigos y enemigos, que, en el momento mismo en que su cuerpo se niega a dar un paso más, querrían otorgar la eternidad u obsequiar la aniquilación fulminante, respectivamente, al sujeto de sus amores o sus odios. Frecuentemente, a decir verdad, la posteridad se manifiesta como contradictoria. La pintura de Matías (Grunewald) carece de todos los principios fundamentales para lograr sobrevivir" dirían -decían en su tiempo- algunos críticos, mientras otros afirmaban,

ilusionados y proféticos, exactamente lo opuesto. Mas aunque, con una frecuencia que le pisa los talones a lo invariable, la posteridad empieza por ser incierta, can un si y un no, con elogios o vituperios, uno de los polos acaba -y a veces comienza- por prevalecer. ¿Quién le iba a decir a Meyerbeer -tan famoso en su época y cuya influencia llegó nada menos que hasta **Rienzi**- que, tras de su desaparición, la historia, el futuro o, mejor, la posteridad les daría la razón a quienes, zaheriéndolo, decían que seria olvidado? La posteridad es no menos veleidosa que la fama del presente. Nadie tiene asegurado un buen puesto en la galería del reconocimiento futuro. Pero, un momento, nadie tiene asegurada tampoco -si hay en lo fenecido un soporte creativo memorable en que apoyarse- la ausencia de ese sitio en la "gloria" profana de la posteridad ¿Quién le iba a decir al Don Luis de Góngora y Argote culterano, poeta de nublados esplendores y "construcciones metafóricas" sorprendentes, que, después de varios siglos de olvido o subestimación,, la generación del 27 iba a promover su resurrección, al tiempo en que varios de sus integrantes se declaraban gongoristas apasionados y discípulos del gran poeta sevillano? No es lo mismo, por otra parte, la posteridad inmediata a los acontecimientos que rememora y evalúa, que aquella que se les va alejando en el tiempo. En contra de lo que pudiera pensarse, la proximidad no es garantía de una mayor y más

atildada información que conduzca a un juicio equilibrado y ecuánime. Ahora sabemos infinitamente más de Cristo, su vida, su pensamiento y su obra, que el mundo civilizado de los primeros años, lustros y décadas del cristianismo primitivo...

Cada quien tiene sus alucinaciones, y yo me imagino a la posteridad como una señora gorda salida del pincel de Botero, contemporánea nuestra, con anteojos oscuros, que trabaja sin descanso frente a su computadora y que, en su biblioteca privada o en una gran biblioteca pública, tiene acceso a la información más puntual y esmerada. Es una señora requerida al mismo tiempo por multitud de personas, instituciones, preguntas y curiosidades desde los más diversos y alejados lugares del globo terráqueo, lo cual me hace concluir que uno de los atributos más preciados de esta señora -que no las tiene todas consigo, porque a veces afirma una cosa en un sitio y dice algo diferente y hasta contrario en otro- es la ubicuidad, o séase, como se sabe, la capacidad de hallarse, o poder hacerlo, en distintos lugares al mismo tiempo.

Yo, corriendo todos los riesgos del caso, a sabiendas de lo inseguro del procedimiento, pero consciente de que, sea como sea, es o puede ser una ayuda inestimable para ciertos propósitos -como el de

continuar con esta **Crucifixión de la historia-** he imitado a la señora entrada en carnes a que me tienda la mano y ella, complaciente, me ha entregado para su publicación las siguientes **Conferencias de la posteridad.**

Señoras y Señores:

Todo árbol frutal que se oculta en un huerto ajeno es un árbol del bien y del mal. A su sombra el pecado y la virtud libran feroz batalla, ya que el libre albedrío de la mano golosa puede llenas de agujeros el frondaje (como aéreos rastros del latrocinio) o le es dable quedarse empuñando, con estoicismo insobornable, el séptimo mandamiento. No es necesario, desde luego, que el árbol sea un manzano, donde las pomas, con mirada de sierpe, vean de reojo las manos y las bocas de cada peregrino. Puede ser un durazno, un naranjo, un membrillo o... un peral. Y esto viene a cuento o a historia, a novela o a poesía porque al pie de un peral en Tagaste, lugar en que había nacido, descubrió Aurelius Augustinus, o séase, San Agustín, el sabor del pecado. Pero dejemos que él lo diga con sus propias palabras: "En una heredad, que estaba inmediata a una viña nuestra, había un peral cargado de peras, que ni eran hermosas a la vista ni sabrosas al gusto. No obstante eso, juntándonos unos cuantos perversos y malísimos muchachos, después de haber estado jugando y retozando en las eras, como teníamos costumbre, fuimos a deshora de la noche a sacudir el peral, y traernos las peras, de las cuales quitamos tantas, que todos veníamos muy cargados de ellas, no para comerlas nosotros, sino para arrojarlas después, o echarlas a

los cerdos, aunque algo de ellas comimos. En lo que ejecutamos una acción que no tenía para nosotros de gustosa más que el sernos prohibida".

En la filosofía de San Agustín -por ejemplo en su gran obra **De libero arbitrio** dirigida contra los maniqueos- la esencia del hombre, lo que hace del hombre hombre, es la libertad. Por eso es interesante la observación de P.L. Landsberg de que "El relato del robo de unas peras que nos hace [San Agustín] en las **Confesiones** nos muestra que su conciencia del pecado nace al mismo tiempo que su conciencia de la libertad"¹. ¿Por qué en el hurto de las peras, y en la convicción de que había comido "de aquel hurto la maldad", descubrió San Agustín la libertad? Ello se debió a que el acto de marras fue un robo gratuito, un robo por el robo mismo, un robo por el robo mismo, motivado, como dice San Agustín, por el "tedio de la virtud", y no por alguna otra razón que, mezclada con ello, como robar por hambre, velara la acción puramente opcional. Si se miente por piedad (por ejemplo a un enfermo desahuciado), se mata por defensa (a quien intenta inflingirnos daño) o se roba por necesidad (bajo las exigencias del hambre), las acciones pecaminosas -mentira, homicidio, robo- quedan

¹ "La libertad y la gracia en San Agustín", en **Piedras blancas** seguido de **Experiencia de la muerte y La libertad y la gracia en San Agustín**, editorial Séneca, México, D.F., 1940, p.161.

oscurecidas, y hasta justificadas, por el fin perseguido; pero cuando la violación de la ley tiene como móvil fundamental oponerse deliberadamente a ella, despertando al dragonzuelo del escándalo, o cuando se confiesa, como Agustín, que "lo esencial para nosotros era hacer lo que nos venía en gana precisamente porque estaba prohibido", entonces, como telón de fondo del pecado, surge, límpida, radiosa, insoslayable, la vivencia de nuestra libertad. En Agustín no sólo están asociadas la idea del pecado, por ejemplo lo que él llamaba "el fondo cenagoso de la concupiscencia carnal" y la idea del libre albedrío, que es la capacidad, inherente al hombre, de optar entre el bien y el mal o tomar decisiones que no tienen otro fundamento que la propia iniciativa, sino también la idea de Dios, porque la libertad, esta característica esencial del ser humano, que lo diferencia de las cosas y los animales, no puede ser, lo jura San Agustín, sino una dádiva del señor a Adán y Eva y, por consiguiente, a la humanidad en su conjunto. Pero es un extraño don, un regalo a las criaturas que las convierte, en alguna medida, en semejantes al creador. Todo lo que existe es creado por la infinita imaginación de Dios y por eso es bueno, bello y en ocasiones santo. San Agustín acaba por reconocer que las peras que había hurtado, y que no aparecían como bonitas a la vista ni sabrosas al

paladar, "sí que eran hermosas, porque al fin eran criatura vuestra, Señor". Pero todas las cosas, la tierra, los mares, los cielos, los cuerpos humanos, los animales que reptan en el nivel que les reserva la escala biológica, las manzanas y las peras, son seres no sólo creados por la divinidad -en el **fiat lux** de su tronar de dedos- sino dependientes de él, obligados a ser lo que son o lo que les indica el dedo del Hacedor del mundo. En cambio, el hombre y la mujer han recibido, como decía, un extraño don: algo que los hace, no creaciones dependientes, sino criaturas independientes. Mediante ese obsequio extraño -el libre albedrío- Dios crea con sus manos a alguien que se le va de las manos, genera un ser escurridizo, da pie a un individuo que, en su conducta cotidiana y en los momentos de las decisiones capitales, escapa un tanto a la predestinación y afirma, con su voluntad, su autonomía. Pero esta libertad, que puede darse o venir acompañada de la gracia, como veremos más adelante; este pecado que siembra su simiente en los surcos del "tedio de la virtud", este Dios que, cansado de crear dependencias, ensaya autonomías, y esta gracia, que le pone cotos a la responsabilidad, son algunas de las piezas de un nuevo tipo de filosofía.

El papel del Obispo de Hipona en la conformación del cristianismo es esencial. No es sino hasta el primer concilio, el de Nicea (o Niza) de 325 (veintinueve años antes de que naciera, en las inmediaciones de Numidia, hoy Argelia, el santo de Tagaste) que la **buena nueva** fue adquiriendo cuerpo, sustancia, carne. Pero le faltaba la columna vertebral. Tenía todo, o casi; pero necesitaba una **weltanschauung**, una filosofía, un "sistema" conceptual o, lo que después se llamará, una **Summa**. Si Jesús, el Cristo, fue el fundador, la raíz, el fundamento de la nueva doctrina y de una nueva fe; si san Pablo es el que libera al evangelio de las amarras o el confinamiento del judeo-cristianismo, para dotarlo del ecumenismo; mediante una práctica (la misión, la catequesis) fundamental para la propagación de las nuevas ideas, creencias y esperanzas a lo largo y a lo ancho del universo mundo de entonces; si el concilio niceno establece el canon y divide los evangelios en verdaderos y apócrifos, etcétera, San Agustín es el creador del primer gran sistema del pensamiento cristiano, siendo el segundo el de Santo Tomás de Aquino -para no mencionar la obra nada despreciable de San Buenaventura-, lo cual me permite decir que las dos catedrales teóricas del cristianismo se hallan ubicadas al inicio y hacia las postrimerías, o casi, de la Edad Media.

San Agustín y Santo Tomás tienen en común -a pesar de la diferencia del tiempo en que viven, escriben y aman a su Dios- la pretensión de hacer una síntesis entre la verdad revelada y la razón, entre la Biblia -y en especial el Nuevo Testamento- y la filosofía griega. Ciertamente hay antecedentes filosóficos en ambos casos. Antes de San Agustín es conveniente citar, por ejemplo, a Plotino y sus **Eneadas**, que Agustín probablemente leyó en las traducciones de Mario Victoriano, y antes de Santo Tomás no se puede olvidar a su maestro San Alberto Magno. Pero ambos pensadores nos remiten a los dos monumentos especulativos más influyentes del pensamiento heleno: Platón y Aristóteles. Detrás de San Agustín hallamos, vía Plotino -que era neoplatónico- a Platón (y Sócrates) y detrás de Santo Tomás encontramos, San Alberto Magno mediante, al estagirita. Si la filosofía de San Agustín es platónico-evangélica, la de Santo Tomás es peripatético-escolástica o, lo que tanto vale, aristotélico-evangélica.

I. Agustín y Platón.

Aunque Agustín leyó algunas obras de Aristóteles y examinó el pequeño tratado de las Categorías cuando era estudiante en Cartago (hacia 371), sentía más afinidad con Platón (y con Plotino, Porfirio, Jámblico, o séase, los neoplatónicos) que con Aristóteles. La crítica de este último a la teoría de las ideas del fundador de la Academia, no fue tomada en cuenta y asimilada por nuestro santo, porque, a su entender, la primacía de las cosas sobre las ideas (que terminan por ser abstracciones y sólo abstracciones de los entes de la realidad extramental), encamina a la inteligencia por un falso derrotero. Platón opinaba; como se sabe, que el mundo de los objetos; captado a través de los sentidos, tiene una especie de pacto con el tiempo y la corrupción que lo empuja a encarnar una cierta mudanza, hallarse más del lado del no ser que del ser, ocupar un sitio en el espacio y desplegarse dentro de los desoladores parámetros de lo aparente e ilusorio. Las **ideas** de las cosas, en cambio, trascienden esta situación, se afirman como inespaciales a intemporales y hacen evidente, como **modelos o arquetipos** de los seres individuales, su primado ontológico y cronológico sobre las pobres

cosas corroídas de tiempo y que no son sino malas copias o sombras evanescentes de la luz del **eidos**. San Agustín también se opone, desde luego, a la concepción platónica de las ideas, pero no en el sentido aristotélico del realismo cognoscitivo, que presupone la existencia de una realidad en sí, sino bajo un aspecto muy diferente y más acorde con sus ocupaciones filosóficas y sus preocupaciones místicas: las ideas, para él, son pensamientos de Dios. No son entidades puramente especulativas que integran el misterioso mundo del **Topos Uranos**, donde las ideas preexisten a su encarnación y conviven con las almas que aún no han sido imantadas por la carne. Son pensamientos, dije, de la Divinidad. Las ideas o los universales (como serán llamados después), no existen ni **ante rem** (antes de las cosas) como opinarán los pensadores medievales de prosapia platónica, ni **post rem** (después de las cosas) como aducirán los filósofos de linaje aristotélico, sino, por así decirlo, **post Dei** (después de Dios).

En sentido estricto, en San Agustín no reaparecen ni la **dialéctica** platónica (precisaré: el método por medio del cual el alma humana se eleva de lo particular a lo universal) ni el recurso de la **anamnesis** (reminiscencia) que le permite al intelecto caer en cuenta de algo mediante su recuerdo u obtener

un conocimiento por medio del reconocimiento.

No hay una **dialéctica** agustiniana porque, para Agustín, la inteligencia no intuye las ideas y su carácter eterno de depurado dando un poderoso brinco metodológico que arranca de las cosas, sino que las aprehende por medio de un vertiginoso salto que parte de Dios. El texto donde hallamos las ideas, las llamadas abstracciones, no se halla escrito por las cosas, sino por la inteligencia divina. San Agustín escribe: "Las cosas que cambian no son; porque no permanecen. Esto que es- permanente... justamente Dios, que es inmutable, se ha dignado llamarse con este nombre: yo soy el que soy" (Serm. 6,4). Cuando en nuestro fuero interno nos hallamos con las ideas, nos tropezamos también con los indubitables indicios de la fundante presencia de Dios, y estamos en las inmediaciones de la prueba agustiniana principal de su existencia.

No hay tampoco en Agustín nada semejante a la **teoría de la reminiscencia** platónica porque, para él, carece de sentido la creencia de la reencarnación de las almas (**metempsicosis**) que subyace en el fondo de la concepción anémica del discípulo de Sócrates. Para Platón saber es recordar porque el alma, antes de cada encarnación (o **avatara** como le llama el

hinduismo), entra en relación cognoscitiva con las ideas en general y especialmente con las de lo bueno, lo bello y lo santo. En Agustín no puede reaparecer esta teoría por la sencilla razón de que las almas no preexisten al cuerpo ni se hallan sometidas a la reencarnación (o **samsara** como lo designa el hinduismo). Si, como se dice, **el secreto de la anamnesis es la metempsicosis** -ya que Platón no era ajeno, como Pitágoras, **al** orfismo-, en San Agustín no hay **metempsicosis** y, por consiguiente, no existe o no es posible la **anamnesis**.

Si el recuerdo no es en San Agustín la vía para acceder al conocimiento, ¿en que se basa su pretensión de conocer ras ideas, o pensamientos del ser supremo, y la existencia del propio Dios? Este método es un tipo de introspección que arroja una intuición intelectual, esto es, una visión de la verdad con los ojos del espíritu, que no del cuerpo. Por eso, dirigiéndose a Dios, dice Agustín: "Pero tú estabas más dentro de mi mismo que lo más íntimo de mí y lo más alto que lo más elevado de mi ser".

Aristóteles y los peripatético-escolásticos estaban convencidos de que, para conocer a Dios, a la forma de las formas y a la causa de las causas, hay que partir de la simple aprehensión de una

realidad extramental y deducir de ella, mediante la ley de la causalidad, la existencia de un motor inmóvil, del **ens** necesario y principalísimo que sirve de soporte al encadenamiento indefinido de seres contingentes. San Agustín opina, por lo contrario, que, para descubrir a nuestro creador, hay que cerrar los ojos, clausurar toda distracción, adentrarse en uno mismo y escarbar y escarbar en el hondón del ánimo hasta hallarnos con nuestro origen.

Si llevamos a cabo esta meditación introspectiva -exaltada lo mismo por el Agustín místico que por el, Agustín filósofo- nos encontramos, en primer término, con nuestra fragilidad, con esta tembladera de ser que nos conforma. Es cierto que si nos comparamos con las cosas, que simplemente son y que no pueden salirse un milímetro de lo que son, orgullosamente nos sentimos criaturas dotadas de poder a las que les es dable tomar decisiones y ser dueñas, hasta cierto punto, de sus pasos. Pero si reflexionamos en los límites de nuestra voluntad, en que nuestro deseo trasciende o puede trascender a nuestra capacidad y a nuestras posibilidades, caemos en cuenta, entonces, de nuestra precariedad, imperfección, contingencia. Como la fragilidad no puede regodearse en sí misma, como el gerundio de la contingencia busca, demanda, exige el

soporte metafísico de la unidad necesaria y la razón suficiente, al encontrarnos con la criatura desvalida que somos en las honduras de la psique, concluimos en que Dios existe y tiene que existir. La fe lo proclama. La razón lo comprueba. El Señor me pertenece. Lo llevo dentro de mí. Pero como Él no puede caer dentro de la esfera de lo precario e imperfecto, también se halla fuera de mí, como el soporte necesario de toda fragilidad_ Dios es, entonces, inmanente, pero también trascendente. La imperfección humana, la que llamé hace un momento su fragilidad, va acompañada, sin embargo, del deseo de perfección. ¿Cómo va a existir lo contingente sin lo necesario? ¿Cómo postular la eternidad de un devenir que no es sino un encadenamiento de precariedades, como una hilera de pordioseros que se toman la mane para recibir las monedas que nunca llegan? San Agustín es contundente: a la vuelta de la imperfección está la perfección, y de la misma manera que lo imperfecto exige la presencia fundante de su antípoda, la idea de la perfección demanda la convicción de su propia existencia, porque o que pide la no es lo perfecto **como idea** sino lo perfecto **como realidad**. Repárese en que Agustín se halla aquí en las inmediaciones de lo que se conoce en la historia de la filosofía con el nombre de la **prueba ontológica de la existencia de Dios**, según la -cual la idea de la perfección implica

de necesidad su existencia, en virtud de que, de no implicarla, no sería lo que pregona ser.

Al llegar a este punto, puedo adelantar qué esta prueba ontológica va a tener porvenir: la planteará de manera multifacética y orgánica San Anselmo de Canterbury, la retomará Descartes, la hará suya -aunque en un contexto filosófico panteísta- Spinoza, hasta que en la Crítica de la Razón Pura, hallará su examen crítico definitivo y, como resultado de ello, su expiración y sepultura.

II. Agustín y Descartes.

Descartes toma el toro por los cuernos. Ante los ataques a fuego cerrado de la fusilaría de los escépticos, no defiende la certeza o la verdad con las armas del raciocinio y la demostración, sino que, relativamente a ello, se introduce en la trinchera enemiga, roba su máspreciado instrumento de combate - la duda- y sale al campo de batalla, de guerra sin cuartel contra los dogmáticos, pero también contra los escépticos, blandiendo su espada de doble filo. El resultado es bien conocido: por la ruta de la incertidumbre accede a la evidencia. San Agustín, mucho antes, había realizado una empresa semejante.

Cuando en su itinerario filosófico se tropezó con la Academia Nueva, o séase con los discípulos de Arcesilao y Carneades -quienes sustituyeron la influencia de Platón por la del escéptico Pirrón de Elis-, se vio en la necesidad de argumentar en términos de evidencia, pero de evidencia gestada y florecida, paradójicamente, en el capullo del engaño posible. El templo especulativo que se estaba construyendo, con tantas y tan hermosas hipótesis, no podía consentir el embate escéptico a sus fundamentos, porque de ese modo corría el peligro de venirse a pique o "derrumbarse con el estruendo de una avalancha de posiciones gratuitas. La célebre argumentación de Descartes por medio de la cual del **dubito** (la duda) obtiene el **cogito** (el pensamiento) y del cogito obtiene el **sum** (la existencia), y que suele considerarse en las historias del pensamiento filosófico como el inicio de la filosofía moderna, fue anticipada, con diferencias de detalle, pero idéntica en su orientación esencial, por Agustín en sus **Confesiones**, en su **Ciudad de Dios** y en muchos otros sitios². Afirmaciones como: "Si dudo, vivo", "si me engaño, soy", hacen con frecuencia su aparición en Agustín. Una diferencia importante entre el **dubito** de Agustín y el cartesiano es, sin embargo, que, mientras en el autor de las **Meditaciones**

² Se podrían hallar pasajes similares, en que se vincula el temor a errar con la certeza de la existencia en **Soliloquios**, Lib.II,11, 1; **De beata vita**, Lib. II, I i, 7; **De libero arbitrio**, Lib.II, III, 7. Citados por Francis Ferrier, S. Agustín, ¿Qué sé?, Estado de México, 1996, p. 97.

metafísicas la duda se convierte en método (y le ocurre tal cosa porque Descartes ya trae consigo la necesidad, cara al pensamiento renacentista y moderno, de proporcionar una **garantía** de que lo asentado filosóficamente no puede derrumbarse ante la negación, la incertidumbre o la indiferencia), en Agustín la fe en las verdades reveladas es tan definitiva que la posibilidad del engaño y la conveniencia coyuntural de la duda, son verdades de paso, tácticas, puramente aclaratorias, lo cual, claro es y lo digo tajantemente, no les quita relevancia.

Voy a reproducir a continuación un párrafo de Agustín, del libro XI, cap. XXVII de **La ciudad de Dios** que, aunque extenso, resulta capital para entender su concepción sobre el tema de que se trata: "nosotros somos y conocemos que somos y amamos nuestro ser y conocimiento. Y en estas tres cosas que digo no hay falsedad alguna que pueda turbar nuestro entendimiento; porque estas cosas no las atinamos y tocamos con algún sentido corporal..., sino que sin ninguna imaginación engañosa de la fantasía, me consta ciertamente que soy, y que eso lo conozco y amo. Acerca de estas verdades no hay motivo para temer argumento alguno de los académicos, aunque digan: ¿qué, si te engañas? Porque si me engaño ya

soy; pues el que realmente no es, tampoco puede engañarse, y, por consiguiente, ya soy si me engaño. Y si existo porque me engaño, ¿cómo me engaño que soy, siendo cierto que soy, si me engaño? Y pues existiría si me engañase aun cuando me engañe, sin duda en lo que conozco que soy no me engaño: siguiéndose, por consecuencia, que también en lo que conozco no me engaño; porque así como- me conozco que soy, así conozco igualmente esto mismo: que me conozco: Y cuando amo estas dos cosas, este mismo amor es como un tercero, y no de menor estimación"... En este párrafo aparece, qué duda cabe, la prueba existencial a partir de la posibilidad del engaño y, en consecuencia, ahí se perfila con claridad un remoto antecedente del entimema (o silogismo abreviado) de Descartes. Pero su sentido último parece hallarse en otro sitio. Ya asentaba yo, en efecto, y hablando del libre arbitrio, que, según San Agustín, con esta generosa dádiva recibida por Adán y Eva, el hombre se asemejaba a su creador. El contenido fundamental implícito en esta aseveración - la convicción agustiniana de que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios-no se agota con esta comprobación, sino que se nos hace patente en que también heredamos, en alguna medida, ciertos caracteres anímicos que provienen de la naturaleza trinitaria de la divinidad. Ernst Benz escribe lo

siguiente: "La gran obra de Agustín acerca de la divina Trinidad, que inspiró toda la teología de la Edad Media, empezó con la idea fundamental de que, si el hombre fue creado a imagen de Dios, entonces deberían encontrarse en él algunos rastro de la íntima naturaleza trina de la vida de Dios, y que estos rastros deberían descubrirse en la vida espiritual del hombre"³. Si, aunque me engañe, me consta que soy, porque alguien tiene que ser el que se engaña; si, siendo el portador existencial del engaño, sé de mi ser y me conozco, y si, resultándome indiscutible lo anterior; amo lo que soy y lo que conozco, se destaca en todo ello una triple característica de mí, como criatura: el ser, el conocimiento y el amor, que, junto con otras triplicidades que campean en el alma humana, resulta un trasunto -=iba a decir muy platónicamente una copia- del Creador trino y uno. Los elementos precartesianos de Agustín no persiguen sólo rebatir al escepticismo de los académicos, ni hay en él únicamente una batalla librada en la trinchera de la lógica y la gnoseología, sino que tales elementos aparecen en su razonamiento como la demostración de la forma en que creó Dios a los humanos: a su imagen y semejanza.

³ "El concepto del hombre en el pensamiento cristiano", en **El concepto del hombre** de S. Radhakrishnan y P.T. Raju, Breviario del F.C.E., núm. 176, México, 1993, p.484.

III. Agustín, filósofo de la historia

Sacaré del olvido esta máxima: "Dime qué es el tiempo, y te diré qué tipo de filósofo eres". Una filosofía se define, se colorea, afirma su identidad si y sólo si deja las cosas en claro respecto al tiempo. Temas como ¿el tiempo preexiste al ser o sobrevivirá a su extensión? ¿El tiempo es subjetivo u objetivo? ¿El tiempo es uno con el espacio? ¿Hay diferentes tipos de tiempo?, son capitales, y de urgente esclarecimiento, para quienes, filosofando, quieren desentrañar el problema del puesto del hombre en el cosmos y el puesto del cosmos en el ser. San Agustín está convencido, de que no hubo tiempo "antes de la creación del mundo". Pero si reflexionamos sobre ello, hay que confesar, aquí entre nosotros, lo difícil que resulta hablar de antes del tiempo y después de su nacimiento, porque la expresión **antes del tiempo** es contradictoria, ya que el **antes**, como también el **después**, son consideraciones temporales. Afirmar una anterioridad respecto al tiempo, es asentar la "temporalidad" de eso (lo que sea) anterior al tiempo presente, lo cual conduce al desdoblamiento entre dos suertes de tiempo -aquel que está insinuado como anterioridad o ubicado en el pasado de lo temporal- y el tiempo que emerge repentinamente de

su matriz atemporal. Pero tornemos a San Agustín. El piensa que Dios creó el mundo y, con el mundo, el tiempo. Sacó de la nada el ser (**creado ex nihilo**) y obtuvo el tiempo de lo atemporal. Para hacerlo, no empleó dos operaciones distintas (aquella por medio de la cual arrancó el ser del no ser y aquella mediante la cual extrajo el tiempo de lo atemporal), sino una sola: aquella con la que, de un golpe, formó de la **nada atemporal** un mundo habitado por el tiempo. Dios es el creador, entonces, del mundo, los ángeles, los hombres y... el tiempo. El mundo y el tiempo son, pues, contemporáneos. Los sucesos naturales encarnan ineluctablemente un curso que partió del pasado, atraviesa las estaciones de paso del presente, y se encarrila hacia el punto y aparte del futuro. Una naturaleza a la que, en una finísima cirugía cósmica, le arrancáramos el tiempo, daría un frenazo inimaginable, congelaría sus ímpetus y prohibiría tajantemente, para beneplácito de Parménides y su hueste de fantasmas, toda conjugación verbal. Pero el tiempo también se inmiscuye entre los animales y los hombres, y entonces se llama vida o se dice historia. En el Edén, el Señor decidió que amanecieran -los humanos, germinaran dos árboles, reptara una tentación y reinara sobre todos su majestad el tiempo.

Los problemas políticos e históricos hubieron de imponerse a la atención del Obispo de Hipona, a causa de grandes transformaciones sociales que le tocó vivir: en especial el saqueo de Roma por las tropas de Alarico, rey de los godos, en el año de 410. Fue entonces cuando maduró en San Agustín la necesidad de escribir **De civitate Dei**. En sus **Retractaciones** escribe San Agustín: "En el entretanto fue destruida Roma por la invasión e ímpetu arrollador de los godos, acaudillados por Alarico. Fue aquel un gran desastre. Los adoradores de muchos falsos dioses, a quienes llamamos paganos de ordinario, empeñados en hacer responsable de dicho desastre a la religión cristiana, comenzaron a blasfemas del Dios verdadero con una acritud y un amargor desusado hasta entonces. Por lo que yo, ardiendo en celo por la causa de Dios, decidí escribir estos libros de la **Ciudad de Dios** contra sus blasfemias y errores. La obra me tuvo ocupado varios años, porque se me interponían otros mil asuntos que no podía diferir y cuya solución me preocupaba primordialmente"⁴.

De Civitate Dei está integrada por 22 libros: en los diez primeros se refutan las opiniones paganas y herejes, hostiles al cristianismo, y en los doce

⁴ Citado por Francisco Montes de Oca en la "introducción" a **La Ciudad de Dios** de San Agustín, México, Sepan cuántos...Núm. 59, Porrúa, 1970, p.XV.

segundos se exponen las ideas cristianas. La concepción historiográfica de San Agustín puede ser calificada de **providencialista** -la historia aparece como el escenario de un grandioso plan divino o del rompecabezas de su inefable designio-, ya que el origen de todo no reside, para él, en el **azar** epicúreo o en el **hado** estoico, sino en la divina providencia. En un "cuidado de la creación" que -resulta conveniente aclarar- ordena sin coaccionar. La **Civitas Dei** nace con la creación de los ángeles y la **Civitas terrena** con la rebelión de los ángeles soberbios encabezados por Luzbel. Los ángeles fueron creados antes que los hombres, porque la espiritualidad tiene preeminencia sobre la mezcla de cuerpo y alma. "¿Y quién será tan necio -dice Agustín- que se atreva a imaginar que crió Dios los ángeles después de criar todos los seres comunes que se refieren en los seis días?"⁵. Cuando dijo Dios: "Hágase la luz", en esta luz creó a los ángeles y los dotó, como después lo hará con los hombres, de libre albedrío y, por consiguiente, con aptitud de pecar o no. Los ángeles están incapacitados, desde luego, para llevar a cabo los pecados de la carne, la voluptuosidad o la concupiscencia porque carecen de cuerpo; pero son muy capaces de cometer pecados de orgullo y soberbia, de pretender ser más de lo que son y dejar sin voz ni voto

⁵ De Civitate Dei, Libro X, cap. IX.

a la humildad. San Agustín dice que el demonio "no queriendo sujetarse a su Criador, y complaciéndose, por su soberbia, en su alta potestad, como si fuera propia, quedó engañado y engañoso, pues quedó para siempre subyugado a la elevada potestad y omnipotencia del que es Todopoderoso"⁶. Lucifer "no quiso conservar lo que verdaderamente es" y "con altivez y soberbia procura fingir lo que no es"⁷.

En ninguna filosofía de la historia desempeña el pecado, la caída, el papel que juega en el trazo providencial de la magna obra de Agustín. La altivez y la complacencia de Luzbel en su altísima potestad, originó el desdoblamiento, en el cielo, entre los ángeles santos y los demonios o, lo que es igual, entre la **Civitas Dei** y la **Civitas terrena**. El pecado, la infracción, la rebelión angelical es lo que hace posible la historia; el pecado luciferino le da un nuevo impulso al tiempo, lo humaniza, lo desdobla, lo convierte en el regidor esencial de lo que acaece y acaecerá. Estamos, pues, en presencia del motor de la historia.

Y algo igual, o semejante, va a ocurrir en el Edén. Así como Lucifer, encumbrado en si mismo, introdujo en el cielo el escándalo y la subversión e hizo que su

⁶ Ibid., Libro XI, cap. XIII.

⁷ Ibid., Libro XI, cap. XIII.

voluntad pecadora trastornara el plan de bienaventuranza inicial, los primeros hombres, ganados ya por las tentaciones demoniacas, hincarán el diente en la desobediencia, reinstalaran sus pies en el pecado y reafirmarán la **Civitas terrena**, aliada a sus primeros ciudadanos -los demonios- y en lucha permanente con la santidad de los ángeles buenos y con los imperativos de la **Civitas Dei**. Es cierto que el pecado de Lucifer es, por así decirlo, de más altura y altos vuelos; pero la rebelión humana, y su consecuente caída, no se queda atrás desde el punto de vista de encarnar el motor, el impulso, el secreto del **procesus** histórico.

La Ciudad de Dios⁸, en pugna contra la terrenal, anda viajando por el mundo: son los hombres buenos, lo mismo en la Iglesia, el Estado o la Sociedad. Mientras la **Ciudad de Dios** tiene como fundamento el amor a la divinidad, la **terrenal** posee como base el amor a sí misma, El **ciudadano** de la **Civitas Dei** es poseedor de un amor trascendente, tiene el corazón volcado al cielo, el **ciudadano** de la **Civitas terrena** es dueño de un amor inmanente, con los ojos vueltos a sus intereses inmediatos y a sus pequeños o grandes placeres cotidianos. La Ciudad de **Dios** se entronca con Abel, la **terrena** con Caín. "De los ángeles judaicos de

⁸ el nombre de **Civitas** probablemente lo deriva Agustín de la **polis** griega.

la doctrina cristiana San Agustín heredó la idea de la creación del orden temporal como una dramática solución de las relaciones entre Dios y el hombres, junto con el concepto del pecado **como descripción del deliberado retiro de la cooperación humana en esta tarea conjunta**"⁹. A juicio de San Agustín, los hombres en su mayor parte se habían desviado del programa divino y se convirtieron en réprobos¹⁰. Después de la "caída" de Adán y Eva -el papel que jugó la soberbia en los ángeles rebeldes, lo desempeña ahora la desobediencia en los primeros padres-, los portadores del pecado original sólo podían redimirse por la **gracia** de Dios. La divinidad, entonces, sale al encuentro de la humanidad venida a menos. La redención fue puesta al servicio de esos hombres caídos y desorientados, por medio de la vida, las enseñanzas y la muerte en la cruz de Jesucristo.

Aunque, según he dicho, las dos ciudades andas mezcladas y en lucha a codazos por el mundo, y aunque una está destinada a gozar en la divinidad, y la otra a sufrir en el infierno no se puede identificarlas con la Iglesia por una parte y con el Estado por otra. Ciertamente la institución eclesiástica hace suyas las

⁹ Ch. Vereker, **El desarrollo de la teoría política**, Eudeba Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1972, p:81, el subrayado es mío.

¹⁰ Ibid., p.81.

aspiraciones de la Ciudad de **Dios**; pero no todos los integrantes de la Iglesia pertenecen a dicha ciudad, debido a que, en ocasiones, bajo la estola y la sotana, enmascarados por la hipocresía, puede haber ciudadanos de la **Civitas terrena** y porque no todos los integrantes del Estado, ni con mucho, se identifican con la **ciudad terrenal** y sus habitantes egoístas y pecadores"¹¹.

¹¹ No quiero dejar en el olvido relacionado con esto: que la obra favorita de Carlomagno era precisamente **De civitate Dei**.

IV. Libertad y gracia en Agustín.

Sin aludir a la libertad de los ángeles -que también la poseen- en San Agustín hay tres tipos de libertad: Libertad de Adán y Eva, la libertad de los hombres tras el pecado original y la libertad del cristiano. La libertad de los primeros padres -y en especial de Adán- nos muestra que el hombre inicial, que carece de árbol genealógico, no está aún limitado o condicionado por ningún pasado, por que él es el primer peregrino en el andar humano. La libertad adánica tiene dos grandes posibilidades: realizar el bien -que no es otra cosa que afirmar el ser- o prestar oídos a la tentación y llevar a cabo el mal -o sea tender hacia la nada. Adviértase que la libertad que interesa a Agustín no es la capacidad de optar por lo que sea, sino precisamente por el bien o por el mal. En el paraíso el bien era la obediencia al mandato supremo y el mal, con el desacato, la caída en el vacío... El segundo tipo de libertad -el de Caín y Abel, Sem, Cam y Jafet, etc.- conserva el mismo carácter definitorio que el primero, pero con la restricción de que el pecado de los primeros padres es, por así decirlo, la condición hereditaria que sirve de trasfondo a todos los humanos que viven entre la caída de los primeros padres y el advenimiento del Salvador. Esta libertad

es trágica. Y lo es porque tiene mucho de espejismo y autoengaño. ¡Pobres de los humanos que tuvieron la desdicha de nacer después de la **caída** y antes del **advenimiento** de la **resurrección** de Cristo! Pobres, infelices, des-graciados porque su libertad ya no es bi-dimensional, como la adánica, sino que es unidimensional: se halla constreñida a moverse sólo hacia el pecado, es decir, al no ser. El tercer tipo de libertad es un restablecimiento de la bi-dimensionalidad del arbitrio, generado por la gracia divina que trae consigo el acto de salvación que implica el sacrificio de Jesús en la cruz. La libertad cristiana no sólo restituye a los hombres la capacidad de optar entre el bien y el mal, entre el ser y el no ser, sino que les brinda, como supremo acto de gracia, un faro que, desactivando los efectos corruptores del pecado original, conduce a buen puerto a los hombres de buena voluntad.

El monje inglés Pelagio llegó a negar la gracia divina, para salvar el libre albedrío del hombre porque a su entender los premios (o castigos) deben ser producto del mérito y la obra y no darse al margen de ellos. La gracia representa, pensaba, una intrusión tal en los destinos del hombre que niega el don maravilloso del libre arbitrio que entregó Dios, en el mismo acto de la creación, a sus criaturas. Siglos

después, Calvino argumentaba en el sentido estrictamente opuesto. La concepción del libre arbitrio restringe de tal modo la participación de Dios en su Obra, que desconoce el peso inconmensurable de la omnipotencia divina. Mientras en Pelagó hay una suerte de libertad sin predestinación, en Calvino -y a veces en Lutero- hay una especie de predestinación sin libertad. En tanto en el primero la gracia queda restringida, eliminada casi, para dar lugar a la presencia y afirmación del hombre, en el segundo la predestinación es reducida y la gracia exaltada para dar pie a la presencia y afirmación de la divinidad. San Agustín está entre uno y otro: la afirmación del hombre, de su independencia, de su bi-dimensionalidad, no puede llevarnos a disminuir el potencial ilimitado del Hacedor del Mundo. Landsberg dice: "La polémica pelagiana es la que coloca en el horizonte agustiniano la posibilidad de una contradicción **entre el dato primordial e indudable de la libertad, y el hecho, igualmente indudable para él, de la gracia**"¹². San Agustín' parte, pues, de lo que se podría llamar la "tesis de las dos evidencias": 1. que el hombre es libre y 2. que lo es en un mundo predestinado por Dios.

¹² Ibid., p.167. El subrayado es mío.

Para entender a cabalidad lo precedente, voy a insistir en la idea de Dios como Hacedor. Dios es creador de lo espiritual y de lo material, de los ángeles y de las almas humanas, por un lado, y de la materia -animales y cuerpo humano incluidos-, por otro. Veámoslo como Hacedor de lo espiritual. Dios tiene dentro de sí -metafóricamente podría decirse: dentro de sus santos pulmones- su **divina** espiritualidad. Cuando abre la boca, se le sale de ella, a manera de un vaho purísimo, una turbamulta de ángeles. Después de la rebelión de algunos de éstos, y de la fundación con ello de la Civitas terrena o, mejor, de los antecedentes sobrenaturales de ella, el Hacedor volvió a las andadas y decidió emprender una segunda creación espiritual de la materia que había hecho, en los famosos seis días industriales, tomó un puñado de tierra o, lo que es lo mismo, levantó un puñado de leyes naturales, en este caso, especialmente bioquímicas, insuflé en él una partecilla insignificante o de poquísima relevancia de su aliento o sea de su espiritualidad y creó, en Adán, primero, y en su compañera, a continuación, un combinado de cuerpo y alma. Los ángeles río habían sido fabricados arrojando el hálito del Hacedor sobre la materia -o, por lo menos, sobre la tosca materia de lo terreno- sino que el airecillo bienaventurado había salido de los labios del Hacedor y se había condensado en

entidades de sustancia espiritual o, si se prefiere, había encarnado en "cuerpos" entitativos ideales, al margen del espacio y el tiempo y, por consiguiente, liberados del molesto, vulgar y hasta sucio programa de reproducirse, nacer, desarrollarse y abandonar, con la muerte, la cárcel corporal. Los ángeles nacieron, ya lo dije, pero quiero repetirlo, con libre arbitrio; pero no podían ejercer los pecados de la concupiscencia y la voluptuosidad, o sea los pecados de la carné, por la sencilla razón de que carecían de cuerpo: los ángeles no tienen pies de barro. Pero tampoco tronco ni cabeza. Sus pecados -que podían tenerlos y que algunos (ya sabemos cuáles) los ejecutaron con verdadero virtuosismo-, tenían que ser, por así decirlo, intra-espirituales y no, como los humanos, de carácter **carnal** o extra-espiritual:

Adán y Eva se hallaban en una circunstancia muy diversa: ambos conformaban una articulación compleja entre lo corporal y lo anímico. Eva, por ejemplo, era nieta, por así decirlo, del barro. Dios, en efecto, tomó un trozo de tierra, lo animó con su aliento y lo echó a andar en el paraíso. Después -sabiendo que la soledad es, o puede ser, una réplica en miniatura del infierno- extirpó una costilla del cuerpo del primer hombre y creó a Eva. La costilla de Adán, como su cuerpo entero, era hija del barro y cuando el Señor

insufló su aliento en ella, convirtiéndola en el cuerpo femenino de la primera madre, reprodujo el esquema consabido: la combinación estructurada de cuerpo y alma. El libre albedrío de estos primeros modelos de hombre tenía que ejercerse -como el del jinete que controla su cabalgadura, de acuerdo con un viejo pero elocuente símil- sobre un cuerpo ajeno a la espiritualidad del alma. Pero el pecado es siempre un triunfo del cuerpo sobre el alma. En cada individuo hay la posibilidad de encaminar sus pasos a la **Ciudad de Dios** -asociándose el alma a las huestes de los ángeles buenos- o a la **Ciudad te terral** -cerrando filas edil aquella Luz Bella tan intensa que impide ver, A los por ella deslumbrados, el derrotero del bien y la verdad. En los primeros triunfa el alma sobre el cuerpo, en los segundos sale victorioso el cuerpo sobre aquélla. Pero el preanuncio cósmico de la **Civitas terrena**, es decir, la rebelión de los ángeles, influye, sin lugar a dudas, en la **Civitas terrena** que se genera por obra y gracia del pecado original y del castigo que, pisándole los talones de lo inmediato, aquél acarrea. La forma en que la **Civitas terrena** sobrenatural repercute en la **Civitas terrena** natural es, qué duda cabe, la **tentación**. Que el demonio tienta a los primeros padres significa, en efecto, que esas almas dejan de ser virtuosas, porque fracasan en su lucha contra las oscuras exigencias de la carnalidad, al no resistirse

a las atractivas insinuaciones de la serpiente, de una serpiente que oculta, tras una voz edulcorada y melodiosa, los colmillos de la ponzoña y el azufre.

El segundo tipo de libertad se realiza entre los humanos que cargan a sus espaldas el pesado fardo del pecado original de Adán y Eva. Dios ahora ya no necesita tomar un trozo de barro del suelo -en la alfarería antropogónica de tiempo ha- para arrojarle el aliento de su espiritualidad. El barro (y la costilla) se han metamorfoseado en cuerpos y tras el descubrimiento que hace la primera pareja de sus órganos sexuales y su peculiarísima función, se develan como vehículos del proceso reproductivo: los padres engendran a los hijos y Dios introduce, en un momento de la gestación, en todos los hombres el alma y la libertad y en algunos, sus elegidos, la gracia. La libertad humana de este período histórico puede hacer el mal o dejar de hacerlo; pero está incapacitada para realizar expresamente el bien porque sus poseedores están desorientados, carecen de guía, siendo que Dios, como castigo a la infracción adánica, les ha retirado la gracia. ¿Cómo hacer el bien aunque se posea la libertad de optar por él si se ignora en que consiste y en dónde se halla? Lo ominoso de esta situación sólo puede paliarse cuando, de manera excepcional, Dios hace descender su gracia sobre algunos individuos...

La libertad cristiana es el **libre arbitrio** de los hombres evangelizados. El peregrino puede dirigir sus pasos por los senderos de la virtud y adquirir la carta de ciudadanía de la **Civitas Dei** o puede caminar por los derroteros del mal y formar parte, como todos los réprobos, de la **Civitas terrena**; pero ahora no desconoce cuál es el camino de la luz y la Verdad, y si se resiste a hacer sus maletas y a internarse en él, y más bien se va por el trayecto opuesto, lo hace a sabiendas y con plena responsabilidad.

Señoras y señores:

Él, el Señor con la S más mayúscula que podamos imaginar, se hallaba en el averno sin fronteras del **tedium vitae**, papando moscas intemporales y pensando en las musarañas de lo efímero como cortos circuitos en las instalaciones de la perfección. Estaba cansado de jugar al escondite con la nada y de no poder dejar de bostezar en los más espectaculares conciertos de silencio. Un día -o el equivalente al mismo en la corriente amorfa de la perpetuidad-, decidió crear lo otro, el adentro y el afuera, la dispersión de seres, la turbamulta de cosas o la cordillera de enigmas dedicada a esculpir el dolor de cabeza de todos los ontólogos habidos y por haber. Puso manos a la obra y zás produjo, no en siete días, sino en el luminoso instante de su tronar de dedos, las legiones completas de los arcángeles, serafines y toda la pedrería iridiscente de la bienaventuranza. Y zás, creó la dualidad de perfección/y no tanta, o de infinitud/tiempo. Creó los ángeles. Pero no se crea que lo hizo, tras de largar a esas criaturas el ademán democrático de la igualdad o el género común de lo uniforme. No. Creó a los ángeles dentro de la apretada red de una inviolable jerarquía. Les entregó el más y el menos, el arriba y el abajo, la visión y la miopía. Los ángeles surgieron como serafines, tronos,

potestades, etc. -o sea con diferentes rangos en la corte celestial- y una vez que el más dotado de ellos se contrapuso a Dios, se dividieron, en extraña actitud militarista, en dos grandes ejércitos en pugna. Todo el empíreo, todo, se vio envuelto en una guerra sideral. Guerra a muerte, a definición de destino, a conflagración de valores. Dios, al parecer, permaneció neutral. Nunca, en este tipo de acontecimientos, toma partido. No fue partidario de los franceses o viceversa en la guerra franco-prusiana. Ni se le podría acusar de germanófilo o de anglófilo en la primera y en la segunda guerra mundial. Permaneció al margen de la conflagración cósmica, sin que ninguno de sus dedos inclinara los platillos de la balanza a un lado o al otro. Ya sabemos qué ejército salió victorioso en esta batalla y qué significó para la **Ciudad de Dios** este acaecimiento. Pero no deja de inquietarme a mí, la Posteridad, qué habría ocurrido si la estrategia militar de los arcángeles buenos, especialmente de Gabriel y Rafael, hubiese sido la equivocada y si el Gran Dragón Rojo, como lo llama el Apocalipsis, fuera el General en Jefe de una victoria indiscutible de los escuadrones de la rebeldía, la soberbia y el pecado, sobre los ángeles virtuosos, pero ganados, como sucede a veces, por la ineficacia, la ingenuidad o el mal cálculo. Por fortuna no ocurrió tal hipótesis y no se precisó un ajuste de cuentas entre el Dios Trino y

Único (con un ejército derrotado) y el Ángel de la Luz, Señor sin contrincantes en el campo de batalla. No hagamos, pues, cerebro.

Si la primera batalla de los ángeles rebeldes fue en los dominios celestiales del Hacedor, la segunda, mucho tiempo después, fue en un lugar único, idílico, como caído del cielo, al que se conoce con el nombre de paraíso, frente al cual los mejores paisajes que puede lucir el universo mundo parecen remedos pobres, deslucidos y balbucientes. Aquí la lucha entre el demonio y el Señor ya no fue la conflagración multitudinaria -plagada de marchas militares, entrechocar de espadas, retumbar de pífanos y ruido ensordecedor del batir de alas- sino una lucha delegada a interpósitas entidades -como la de los horacios y los curiacios: Luzbel pugnó **desde** una serpiente y Dios **desde** las inseguras trincheras de la carne humana. Lucifer (el criterio patriarcal al parecer domina a lo largo y a lo ancho del otro mundo) escogió a Eva como primer blanco de la saliva emponzoñada de su sierpe, hablándole de un par de manzanas -una del árbol del bien y del mal y otra del de la ciencia. Para inducir a la mujer a que tanto ella como su compañero hincaran el diente en la primera manzana, acercó a la fémina el fálico ambular de su serpiente, y para empujarla -

empujarlos- a que probaran la segunda les habló de que, aun hallándose en el radiante Edén, ella y él sufrían la más patética de las miopías y que el **fiat lux** para los humanos colgaba entre las ramas del árbol de la ciencia. Adán obedeció a Eva -como Eva había obedecido a la serpiente- y los primeros padres se entregaron, radiantes de curiosidad y desobediencia, al festín gastronómico de una pulpa de manzana dulcísima que, al salvar la boca en dirección al estómago, avanzaba milagrosamente quitando telarañas de los ojos.

Si Dios salió victorioso en la primera batalla, y el demonio fue condenado a recorrer todas las galerías de la desolación, en este segundo encuentro entre los dos poderes en pugna, el Espíritu inmundo, como lo llama San Marcos, se anotó un tanto. Y qué tanto. Efecto de esta derrota fue la cristalización del pecado original. Las culpas de los primeros padres fueron muchas y de extrema gravedad: desobediencia, curiosidad malsana, orgullo. Y estas culpas, agrupadas en la noción de pecado primigenio, condujeron a la penitencia: el destierro del paraíso, la caída y -lo más grave de todo- la incorporación de dicho pecado original al código genético del ser humano. Hoy sabemos, en efecto, porque vivimos en la época del genoma y del

florecimiento de esa ciencia enamorada de las comparaciones, las analogías y las identidades que es la genética, que, al nacer un niño, hereda el color de los ojos de la abuela, el cáncer del bisabuelo, las habilidades pianísticas de la madre, la obsesión por los horóscopos del padre y el pecado original de Adán y Eva.

Pero en toda historia familiar hay un secreto, un avatar innombrable, una enfermedad vergonzosa o un episodio ante el que, piadosos, hay que guardar silencio. Dícese que Eva, tras de la caída, pugnó por consolidar la monogamia, la familia triangular, los engranajes de la virtud y el hacer las cosas como Dios manda. Pero entre los antiguos hebreos se propagó el insólito rumor de que antes de su relación con ella, Adán había tenido otra mujer, llamada Lilith, puesta en el Edén no por Dios sino por su Enemigo. Se decía que esta protoesposa -si es que la podemos llamar así- del primer hombre le había dado hijos a Adán, pero que -siendo la primera adúltera de la historia- lo cambió por un famoso demonio (caro a la música romántica del XIX): Samael. La literatura de los rabinos no escatima epítetos injuriosos al hablar de esta primera mujer, acusándola de celos por Eva y por todos sus descendientes -o sea por cada uno de nosotros. Pero

Eva no se quedó atrás. Una conjetura que no es del todo descabellada es que Eva tuvo una doble influencia de la serpiente y, por tanto, del Príncipe de las Tinieblas: primero, aquella que la indujo a presionar a su pareja para que ambos hincaran el diente de la curiosidad en las manzanas de la ciencia del bien y del mal y, segundo, aquella que la llevó a comer junto con Adán quizás no una manzana sino un fruto amargo, en la pulpa del cual hallaron la ilusión de que el otro -la pareja- le pertenecía como una propiedad, y el sentimiento, nacido de la inseguridad o del temor de extraviar el bien amado, de los celos. Al salir del paraíso no sólo oyó en los cielos el consabido: ¡comerás tu pan con el sudor de la frente!, sino: ¡el amor se te dará aparejado con los celos!, El trabajo y los celos son, pues, dos maldiciones.

¿Quién salió victorioso en el segundo encuentro o conflagración entre el Gran Arquitecto del Universo y Belcebú? No cabe duda quién fue el ganador: el Bien puso en su raya al Mal. Le confiscó toda presunción descabellada y desterró -o si se prefiere descieló- a toda esa legión de energúmenos alados que habían acariciado las ideas del derrocamiento y el deicidio. Pero en esta segunda batalla, las cosas no resultaron tan límpidas y

hasta puede argüirse, con una argumentación no carente de exactitud, que el Padre Nuestro que estás en los cielos sufrió un revés severísimo en manos del General en Jefe de la perversidad. Pero reflexionemos en el problema y veamos más de cerca las cosas. ¿Cuál era el motivo del litigio entre el Primer Motor y el Ángel de las Tinieblas? Se trataba, en efecto, de la lucha por ganarse -o reclutar para su partido- a la criatura humana - hombre y mujer. La primera pareja, lo sabemos todos, no pudo vencer al Tentador porque éste jugó en un terreno que le era propicio: la debilidad de la carne y el imperio de la curiosidad.

El ser humano echó a andar su libre albedrío en el sentido del desacato y recibió sin tardanza su castigo. No sólo fue expulsado del Edén, sino que se convirtió en algo así como súbdito del Nuevo Emperador del Mundo. Echando mano de una metáfora, podríamos decir que si la divinidad continuaba siendo el firmamento, el Diablo era como la atmósfera que rodeaba al globo terráqueo y a la que necesariamente acudían a respirar los primeros ejemplares de la especie humana: Cain, Abel y Set; Sem, Cam y Jafet, etc.

No sé qué habrá pasado por la mente divina. Pero

el caso es que, hallándose descontento con la desafortunada muestra de criaturas hasta entonces existente, tomó la decisión de emprender otro ensayo, corregir su obra adulterada, destruir la humanidad corrupta y afirmar el borrón y cuenta nueva en medio del vendaval y los truenos de un chubasco con ínfulas de eternidad. Y ya se sabe lo que ocurrió: aunque buena parte de los seres vivos y de las criaturas degeneradas que merodeaban por la tierra haciendo de las suyas, fueron destruidas de golpe, el pecado original no fue borrado por el torrente batismal del diluvio y sobrevivió hasta nuestros días.

El diluvio fue desencadenado por el Señor para ahogar la corrupción y aniquilar a los endemoniados. A mi entender, y lo digo con la modestia y relatividad que deben tener todos los pronunciamientos de la posteridad, aquel desarreglo de las aguas no fue una buena estrategia porque, después del desplome general del cielo, los nerviosos avatares del arca de Noé y el innombrable episodio etílico-erótico que vino a continuación, las cosas quedaron, casi casi, en el nivel precedente. Si el propósito del Altísimo era crear un nuevo tipo de hombre y de poner a raya al Tentador de siempre, he de confesar que alcanzó tan sólo un rotundo fracaso. Luzbel, quizás empapado, tal vez castañeteándole los dientes,

probablemente amedrentado por el elemento -el agua- que se halla en permanente litigio con el feroz habitante de sus hórridos recintos, de seguro y pese a todo se sintió triunfante en la contienda.

Y la historia del hombre -desde el diluvio hasta el advenimiento de Jesús el Cristo- fue otra larga etapa de monarquía absoluta o autocracia irrestricta del Príncipe de las Tinieblas o Emperador del Mundo. Nadie podía escapar a su mandato, sus sugerencias y sus tentaciones. Tenía dos grandes aliados: el pecado original -ancestral obra suya- y la carne, arañada por el deseo. Si la especie humana no se redimía, si no se emancipaba del pecado original y del cúmulo de faltas grandes y pequeñas, mortales y veniales, que pululaban en su circunstancia, las cosas irían de mal en peor o, dicho de otra manera, de mundo en infierno.

Todo esto tenía que tentar o conmover al Sagrado Corazón. Y Dios Padre, con la venia de Dios Espíritu Santo, decidió enviar a Dios Hijo a nuestro mundo para redimir, con el nacimiento, muerte y resurrección de este último, al hombre tan feamente entregado a los designios de Satán.

Y así nos acercamos a otro encuentro entre el Maligno y el Señor, representado ahora por la segunda

persona de la Trinidad. Se trata de la lucha cuerpo a cuerpo, alma a alma, definitiva, crucial, inolvidable que, durante cuarenta largos días, tuvo lugar o campo de batalla en el desierto.

CONFERENCIA DE LA SEÑORA POSTERIDAD SOBRE EL DEMONIO Y EL MAL

PRIMERA PLÁTICA

Señoras y señores:

Vistas desde la ortodoxia, las herejías son campos roturados por la ilusión y la mentira o monedas falsas que giran ante el sol de la moneda verdadera. Visualizadas desde el dogma, son provincias del engaño o sectas donde el Maligno lleva a cabo sus actos de prestidigitación. Las primeras herejías cristianas -las de los gnósticos- se empeñan en separar el mal -al que ven como la desgracia nuestra de cada día- del Buen Dios. Exaltan, entonces, un dualismo ético y un desdoblamiento ontológico que parece provenir del viejo mazdeísmo persa y anunciar el maniqueísmo que irrumpirá vigorosamente en Medio Oriente y Europa después. Los gnósticos -un Marción, un Cerinto, un Valentín- se hallan azorados por un mal que parece poseer el don de ubicuidad: pestes, guerras por doquier, erupciones volcánicas, tempestades y granizadas, maremotos espectaculares, hambrunas desoladoras, etc. Esos males, unos naturales, otros humanos, ¿por qué existen? ¿Quién los promueve o los consiente? ¿A qué ordenamiento cósmico

pertenecen y, si es que podemos preguntar esto, a qué designio sobrenatural responden? Estos interrogantes se les clavaron como espinas en las sienes. Bien que sabían o creían saber que Dios es el creador del cielo y de la tierra; pero ¿también lo era de los grandes infortunios que acompañan, desde siempre, a los humanos en su vida individual y colectiva? De ser así, la idea que ellos se hacían de la divinidad -y que debería ser compartida por todo buen cristiano- estaría empañada por un atributo (el de artífice del infortunio) no sólo inaceptable, sino francamente demoníaco. Concebían al Señor, efectivamente, como ser perfecto y todopoderoso; ¿pero deberían excluir de él la bondad, en el entendido de que entre los elementos gestados en su creación estaba el mal? Estas preguntas los condujeron al dilema, que también formularon como interrogante, de ¿o Dios es creador de todo pero no es bueno o es bueno pero no puede ser el creador de todo? Su respuesta, su convicción, se inclinó por la segunda posibilidad: la infelicidad, la desgracia, el mal **no deben ser atribuidos** a un ser que es todo bondad, sino a un **demiurgo** o principio del mal.

Mas insistamos ¿por qué existe el mal? ¿Quién es el responsable de que sea, con frecuencia tanta, el personaje fundamental en la vida de los hombres? Si

Dios no es el responsable del mal, hay, en la concepción cristiana, dos tipos de criaturas a las que podemos atribuir la presencia del mal en la tierra: los ángeles y los hombres. La razón que, piadosa con el Señor, podría encargarse de explicar este hecho sería la presencia en ellos del libre albedrío. Pero el regalo del libre arbitrio proporcionado por Dios a sus criaturas, conlleva extrañas implicaciones. Es cierto que **parece** eximir a Dios de la creación del mal y que nos inclina a ver el origen de éste en las criaturas **libres**; pero estas últimas, sin pedirlo -petición que no podría haber sido hecha desde su preexistencia- al nacer se ven dueñas, abruptamente, de una cualidad que puede beneficiarlas o perjudicarlas: la libertad. El Creador parece asimismo haber dado a luz unos seres autónomos -ángeles y humanos- a quienes, por entregárseles la capacidad y hasta la obligación de optar, devienen responsables de sus actos, con lo que, también en apariencia, se exime a Dios de la responsabilidad de la maldad que puede generarse en el ejercicio de la libertad. Pero el gran problema implicado en ello puede formularse en las preguntas: ¿son las criaturas las que eligen su libertad? ¿El libre arbitrio en cuanto tal es o implica una elección? El ángel y el hombre, ciertamente, han de decidir entre el bien y el mal.

Pero ¿ellos eligieron ese **lugar especial** o ese **ámbito sui generis** en que son libres o, por lo contrario, han sido **arrojados** a la libertad? El libre arbitrio parece eximir a Dios de la responsabilidad del mal -dije ya- pero como quien elige el libre arbitrio para las criaturas no son las criaturas, sino su Creador, éste es en el fondo el responsable de que las criaturas puedan ejercer desde luego el bien, pero también... el mal. El don del libre albedrío no puede, pues, eximir a Dios de la responsabilidad de la existencia del mal. Hay que aclarar, sin embargo que esta conclusión sería cierta si y sólo si el mal fuera algo. Pero para los teólogos -pienso más que en nada en San Agustín- el mal carece de ser y es simplemente la negación del bien.

Aquí hallamos una de las muchas diferencias entre los "saberes" de un Doctor de la Iglesia y las creencias del feligrés común y corriente. El filósofo le niega, le escamotea el ser al mal para darle coherencia a su concepción monista de la divinidad. El cristiano común, en cambio, vive o sufre la presencia del mal. Se le puede decir que no existe, pero eso lo tiene sin cuidado y lo deja indiferente porque en su vida y en la de todos, el infortunio o la desgracia son frecuentemente más la regla que la

excepción.

La existencia de una **clase intelectual** en las religiones es un hecho incontrovertible. La diferenciación y hasta contraposición entre los individuos cultos o enterados y los zafios o ignorantes, entre los sacerdotes y los feligreses, explica la confrontación de algunas creencias y la oposición de ciertas conductas. No es raro encontrar, sobre todo en los días que corren, sacerdotes que no creen en los ángeles y los demonios, en el cielo y el infierno, en el paraíso terrenal, en la existencia de Adán y Eva, en el pecado original heredado, etc. Coligen que las narraciones bíblicas donde se alude a tales hechos, no son sino, alegorías, parábolas, enseñanzas morales y que sólo las mentes obtusas, ingenuas e ignorantes interpretan como sentido recto lo que es figurado. Pero el feligrés común y corriente piensa y, sobre todo, siente de otra manera: no le cabe la menor duda de que los milagros, misterios, relatos maravillosos que aprendió en la historia sagrada y el catecismo son o fueron verdaderos y extraordinarios. Si en los hombres cultos predomina una concepción **simbólica** de tales hechos, en los ignorantes impera una noción **fetichista**. No es este el sitio para tratar de explicar -lo que resultaría, no obstante, de sumo

interés- por qué existen y cómo conviven el símbolo y el fetiche en la misma iglesia. Los intelectuales, vía la simbolización, tienden a romper con el dogma y a coincidir con el deísmo abstracto y hasta, en ocasiones, con el panteísmo y el ateísmo. La mayoría creyente, vía el fetichismo, tiende a dogmatizarse y a coincidir con la idolatría y el paganismo.

Pero volvamos al mal. Recordemos la leyenda de la rebelión de los ángeles. Dios creó un número indefinido de criaturas que, a la larga, estarían ubicadas en un estratégico lugar entre el Todopoderoso y los humanos. Así como el hombre - angustiosa síntesis de alma y cuerpo- comparte con los ángeles lo espiritual y con los animales la materia, los ángeles tienen, como Dios, un status de espíritu que excluye toda carnalidad, y poseen, como los hombres, un ser limitado y capaz de optar por el mal. Capaz de optar por el mal... ya que a Luzbel, Miguel, Gabriel, Rafael y todos los demás ángeles se les dotó, como se dijo, de libre albedrío desde el momento en que fueron esculpidos por las inspiradas manos del Creador. El libre albedrío es, si se me permite decirlo así, una capacidad o un dispositivo para forjar milagros de manera cotidiana. Si los milagros, en efecto, son una interrupción de las leyes naturales, un corto circuito de la causalidad,

la libertad, donde el personaje central es la elección, trae consigo la capacidad de realizar esos portentos habituales. Detrás de la opción no hay ningún condicionamiento causal: una libertad causada es un contrasentido. Los ángeles podían pergeñar portentos; pero no sólo en el sentido de desarreglar a su arbitrio la regularidad cósmica, sino porque les era dable hacer el bien -someterse a los deseos del Creador- o hacer la fechoría de rebelarse contra las disposiciones del Señor. Por fortuna, los ángeles no conocían, al parecer, la filosofía existencialista. De conocerla, se les habrían complicado las cosas porque los partidarios de ese modo de pensar, muy siglo XX, creían que la libertad no sólo consistía en elegir entre un bien y un mal preestablecidos, sino elegir lo que está bien y lo que está mal o decidir cuáles son los valores últimos de la moral. Según los existencialistas, entonces, la libertad -a la que llamaban ontológica- implica dos elecciones: primero, la que decide lo que es el bien y lo que es el mal, y segundo, la que, tras la decisión precedente, opta por el bien o por el mal ya establecidos. El libre arbitrio de los ángeles no cuestionaba, es de creer, lo que era el bien y el mal -como valores prefijados por la mismísima divinidad- y su elección, por consiguiente, o avalaba un término o se desplazaba hacia el otro: el de la

conjura y la subversión acompañadas de las ardientes consecuencias que implicaba su vituperable conducta.

¿Qué movió al ángel más adornado de perfecciones a cerrar los ojos a la inefable grandiosidad del Supremo y dar el mal paso que lo precipitó a las caliginosas grutas del gehena? ¿Por qué lo siguió una muchedumbre de ángeles, traviosos, corruptos y transmutados en demonios, que creció hasta formar lo que algún especialista en lo sobrenatural ha llamado "el diluvio de ángeles"? ¿Hubo alguna vez un singular combate (como el perpetraran el infiel Fanfarón y el cristiano Pentapolín, el del arremangado brazo, en la imaginación de Don Quijote) entre la legión de ángeles buenos -comandada por el arcángel Miguel- y el escuadrón de ángeles malvados -bajo el mando de Satán?

Un puñado de judíos y cristianos se entregaron a la ingrata tarea de dar respuesta a estas preguntas. El pecado capital que arrastró al diablo a caer, por así decirlo, desde Luzbel (o luz bella) hasta el demoniaco Lucifer fue el orgullo. Eso lo pensaron, por ejemplo, Orígenes y San Agustín. La razón de la caída fue, para ellos, la satánica soberbia de creerse como Dios o de pretender suplantar a su propio Creador. Aunque muchos Padres de la Iglesia

coincidieron en ello, pensaban que el orgullo generaba conductas pecaminosas menos generales que jugaban el papel de motivadoras de los desarreglos morales del diablo. Ireneo, verbigracia, creía que la envidia -no sólo a Dios, sino a los primeros hombres- había perdido a Satán. Lactancio, que nació y creció en África -como Agustín- suponía que la envidia era también la raíz de la gran desobediencia. Satanás había sido creado con tantas virtudes como los otros ángeles, pero cayó por envidia no a Dios Padre, sino a Dios Hijo, en una especie de sentimiento anticipado. Taciano y su maestro Justino eran de la opinión de que Lucifer había pecado por ignorancia: su orgullo le había impedido intuir qué era, qué significada, el pneuma (o aliento) divino. Gregorio de Nisa se imaginaba que el orgullo, pero el orgullo transmudado en ansia de poder, había llevado al Ángel de la Luz a convertirse en el Príncipe de las Tinieblas. En lo que se refiere a la turbamulta de ángeles caídos, Clemente de Alejandría, entre otros, se hallaba convencido de que lo que había empujado a abjurar de la ley divina a todos los seguidores de Luzbel fue la lujuria, el deseo concupiscente del ejército de ángeles-demonios por las mujeres que poblaban el universo mundo. Coincidentes con esta idea, Justino, Taciano y Atenágoras, fueron de la idea de que el acoplamiento

de los diablos o los íncubos con las hembras descendientes de Adán y Eva había dado a luz una generación de **gigantes**, que venían a corresponder, en la concepción cristiana (y neoplatónica primitiva) a los héroes de la mitología griega que, como se recordará, eran hijos de los dioses o diosas con las mujeres o los hombres.

Las supuestas razones por las cuales los diablos abandonaron el círculo de la virtud no dejan de suscitar dudas, perplejidad y preguntas. Aun suponiendo que los ángeles pecadores hayan recibido el don del libre arbitrio, ¿escogen, por ejemplo, la envidia o la lujuria? Pregunta pertinente porque la envidia o la lujuria no se eligen, no son producto de una decisión. Son sentimientos o afecciones padecidos en mayor o menor grado, que se tienen o no. El libre albedrío acepta su tendencia o la rechaza; pero no los postula. Son como el temor. Nadie dice: "pues bien, ahora voy a tomar la decisión de ser envidioso", sino que la libertad consiste en el hecho de que, teniendo y sintiendo la tendencia o el afán de la envidia, uno se deja o no se deja llevar por tal impulso. Pero el arbitrio de los ángeles ¿operará así? ¿Será una libertad creadora de valores o una libertad condicionada por la existencia previa de ellos? ¿Será una libertad en situación que tiene que

ubicarse y operar ante determinados afanes? ¿Dios habrá puesto en las almas de los ángeles, como en la de los hombres, no sólo el libre albedrío sino algunas tendencias al pecado -como la envidia, la lujuria, el ansia de poder- ante las cuales la libertad reacciona aceptándolas o rechazándolas? Si esto es así, el Señor no es únicamente el responsable de que los ángeles (y los humanos) posean un libre albedrío, sino asimismo que los embarguen las tendencias-hacia-lo-malo con que están conformadas las criaturas, y que obligan a la voluntad, para operar virtuosamente, a ir a contrapelo de sus afanes. En fin...

¿Guerra de ángeles? No fueron pocos los que, entre los primeros cristianos, se dieron en hablar de que había existido tras la polarización angélica, una gran conflagración celestial entre dos ejércitos. Supusieron que la causa de este enfrentamiento cataclísmico fue el antagónico ejercicio del libre arbitrio: unos ángeles optaron por el bien y otros lo hicieron por el mal. Mas decidirse por uno de estos caminos implica optar por la contraposición y lucha contra el otro. Quien escoge el mal, escoge la enemistad, el encono, la guerra, contra el bien. Y su puntual viceversa. En esa guerra, se me ocurre -y es que, a la verdad, soy muy

mal pensada- que Dios no permaneció indiferente ante el resultado, porque ¿qué habría sucedido si las legiones luciferinas, respondiendo a una estrategia inesperada, genial, diabólica, hubieran vencido a los Ejércitos de la Luz? ¿Qué habría ocurrido si el mal, en vez de ser derrotado, se hubiera proclamado vencedor en esa cósmica contienda? Pero lo más probable es que el susodicho conflicto armado no haya tenido lugar, como otros eventos, más que en la imaginación de unos cristianos presas de un delirio místico-belicista. Y es que, de la misma manera en que se ha dicho que el secreto del Olimpo es la Polis o que la esencia del cristianismo es el hombre (Feuerbach), se puede afirmar que las guerras humanas, tan repetidas e inextinguibles, son la fuente generadora de las guerras celestiales.

Una vez derrotados los ángeles=demonios, el cielo se vio límpido, sin manchas, sin una sola nube atormentada. Y el mal quedó confinado a un distante y tremebundo espacio devorado por el fuego. Entre los ángeles existía una rigurosa relación jerárquica creada por Dios. Varios de los Padres de la Iglesia se ocuparon de este tema: Crisóstomo, Evagrio, el pseudo Dionisio Areopagita, Gregorio Magno. Pero la más acabada división en categorías se debe tal vez a San Agustín. Para el Obispo de Hipona había: querubines,

sedes o tronos, dominaciones, principalidades, potestades, arcángeles y ángeles. Según algunos, los ángeles eran el peldaño inferior de la jerarquía. También existían categorías de demonios, aunque los textos sobre este tema son, a mi entender, menos precisos que los angélicos. Si tomamos en cuenta, por consiguiente, las estrictas relaciones jerárquicas existentes tanto entre los ángeles como entre los demonios, no podemos dejar de suponer que la estratificación de las criaturas del allende no es sino la proyección de las criaturas del aquende. A Jenófanos o Feuerbach -para no mencionar más que a los más obsesivos les asiste, por lo visto, la razón: el secreto de las creencias religiosas, politeístas o monoteístas, se halla en la antropomorfización. La imaginación, el inconsciente, la fragilidad y muchos otros factores son, al parecer, los materiales con los que conforma el otro mundo. La imaginación de los humanos, acicateada por su fragilidad, sus condiciones infrahumanas de vida y la manipulación del poder, crea el universo de lo sobrenatural y lo puebla de criaturas que no lo son de Dios o de las deidades sino de los hombres.

Pero si aceptamos la tesis de la antropomorfización, si las potestades, dominaciones, tronos, principados, querubines y

serafines son creación de los hombres -a lo mejor de manera inconsciente o semi-, si todo el más allá no es más que el delirio del más acá, no sólo se viene abajo la vida de ultratumba, sino que el hombre se queda solo, huérfano y Solo. Y en este caso, cuando el pensamiento crítico y la rebelión moral arrasan con el cielo y todas sus criaturas ¿qué sucede con el mal? ¿Por qué existe? ¿Cómo combatirlo?